



PROCESO EVANGELIZADOR DE LA ARQUIDIÓCESIS DE NUEVA PAMPLONA



CATEQUESIS 17

ENTRE LA IDOLATRÍA Y LA PROFECÍA LA DIVISIÓN DEL REINO





Propósito: Descubrir en el ministerio de los profetas la figura del Dios que habla con su pueblo, lo correja y lo invita a la conversión.

Ambientación: Preparar con anticipación un mapa que enseñe la distribución de los reinos de Israel y de Judá.

Saludo: Bienvenidos a este encuentro de formación, les invito a que comencemos nuestra catequesis compartiendo brevemente algunos testimonios acerca de lo que hemos vivido después del último anuncio. Tal vez el Señor se valga de un testimonio nuestro para edificar a un hermano o para que uno mismo crezca en la fe, la esperanza y la caridad.

Acogida – Signo e interacción: Conozcámonos.

Preparación: se sugiere comenzar con una actividad para que todos conozcan un poco más de las motivaciones y de las buenas intenciones de los demás participantes.

Oración inicial

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Señor y Dios nuestro, que te revelaste a nuestros antepasados en la fe de muchas maneras y que esperas de nosotros fidelidad y constancia en nuestra fe, concédenos librarnos de las idolatrías modernas, mucho más sútiles que las antiguas y que nos ponen a girar en torno de realidades ajenas a Ti, único bien supremo y verdadero. En el Nombre de tu Hijo, Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.





PRIMERA PARTE: LLAMADA

1. Anuncio: Dios atiende a su pueblo y lo llama a la conversión por el ministerio de sus Profetas: quien los escucha a ellos, escucha al mismo Dios.

Metodología: (duración máxima de 15 minutos)

El catequista, o animador, pide a los miembros del grupo que se enumeren de 1y 2, en orden. Luego les pide que formen dos círculos, así: los del número uno afuera y los del numero dos adentro. Tienen que quedar mirándose en parejas. Enseguida empiezan a aplaudir y los dos grupos van girando al ritmo de las palmas, el grupo uno en sentido de las manecillas del reloj y el grupo dos al contrario. Cuando dejan de aplaudir todos se quedan quietos en el lugar donde están, de tal manera que un integrante del grupo uno con uno del grupo dos se quedan mirando de frente, después el coordinador invita a responder la siguiente pregunta con el compañero que tienen al frente: ¿Qué te motivó a venir el día de hoy? ... se les da un momento para que comparten y en seguida son invitados a girar al ritmo de las palmas. Vuelven a parar y se les pide que conversen de sobre una segunda cuestión y así sucesivamente con las siguientes preguntas: ¿Cuáles son mis motivaciones para continuar esta experiencia de crecimiento en la fe? ¿Cuáles son mis expectativas en este grupo? ¿Cuál puede ser nuestro mejor aporte para que todos hagamos la experiencia completa sin desanimarnos? El coordinador puede elaborar las preguntas que le parezcan oportunas de acuerdo al grupo en el que se encuentra.

Dispongámonos a la escucha atenta de la Palabra de Dios escrita.

1 Reyes 11, 26-39

- ¿Qué es lo que más llama la atención en el texto proclamado?
- ¿Cuál es la función del profeta Ajías? ¿Qué le comunica a Jeroboam? ¿Qué condiciones le pone?
- ¿Cuáles son los motivos de la división del reino según el texto? ¿Qué relación existe entre la unidad del reino y el culto al Señor? ¿En qué nos afecta esto a nosotros?

2. La Enseñanza de los Apóstoles (Iglesia)

Al final del reinado de Salomón, la unidad del reino y su prosperidad empezaron a verse resquebrajados por una serie de disputas internas. Los últimos años del rey habían dejado grave malestar popular por lo excesivo de los impuestos que había que pagar para el sostenimiento de la corte y sus gastos suntuosos. La gente sentía que las cargas y los oficios estaban mal distribuidos. La pretensión de grandeza sostenida por el lujo palaciego y por las alianzas políticas y comerciales no había sido eficaz en la búsqueda del bienestar real del pueblo. Y la tolerancia y práctica aceptación de cultos idolátricos, hasta en inmediaciones del Templo, fueron el máximo agravio que pudieron hacer al Señor. Estos hechos trajeron el juicio definitivo de Dios sobre el reinado: el Señor determinó que el reino fuera dividido.





Como lo oímos en la lectura, el primer signo de rompimiento de la unidad nacional ocurrió antes de la muerte de Salomón y tuvo que ver con un joven trabajador llamado Jeroboam, a quien el mismo rey, viendo sus dotes y su buen talante, había encomendado un cargo importante. Es seguro que este buen joven compartía el sentimiento de todo el pueblo, pero lo que dio origen a los movimientos independentistas de los oprimidos por el rey, fue la intervención de un profeta llamado Ajías de Silo, quien, con una acción simbólica,⁵² le dice que Dios le entrega diez de las doce tribus de Israel. La Biblia nos cuenta que, después de esta profecía, Salomón intentó dar muerte a Jeroboam, el cual huyó a Egipto hasta la muerte del rey.

Roboam, hijo de Salomón y legítimo heredero del trono, joven altivo, inexperto y sin la sabiduría que tuvo su padre, asumió el reinado (año 931 a.C.) como proyecto personal y no como Dios lo había determinado. Jeroboam regresó de Egipto y, en principio muy decentemente, lideró el movimiento del descontento popular. Convocaron al rey en Siquem para pedirle la racionalización del trabajo y del gasto público. Los ancianos del pueblo recomendaron a Roboam aligerar las cargas de la gente, pero él, asesorado por jóvenes igualmente inexpertos, movido por una concepción errada acerca de la autoridad de gobierno, impuso cargas más pesadas sobre su ya aquejado pueblo. Las tribus del Norte no resistieron más, y en un acto solemne de emancipación declararon su Independencia del trono de Jerusalén, nombrándose un rey propio: Jeroboam (1Re 12,125).



Roboam quiso sofocar este golpe por la fuerza y devolver el reino a la unidad. Pero "fue dirigida la Palabra de Dios a Shemaías, hombre de Dios, diciendo: 'Habla a Roboam... y a toda la casa de Judá...' y diles: 'Así habla el SEÑOR: No suban a combatir con sus hermanos los israelitas. Que cada uno se vuelva a su casa porque esto es cosa mía.'" (1 Re 12,22. 23a. 24) Y de esta manera, desde ese momento, a partir del año 931a.C., quedó dividida la nación.

Aunque el proyecto del Norte era constituirse políticamente como una nación aparte, la profunda identidad religiosa de Israel debía permanecer intacta. El Señor Dios, sin dejar caer la promesa hecha a la casa de David de sostener su trono para siempre, se mostró favorable a las tribus del Norte (1Re 12,24). El Dios que no tolera la opresión ni la injusticia se pone de parte del pueblo y Él mismo determina que diez de las doce tribus de Israel formen un reino aparte en manos de Jeroboam, el elegido para gobernarlas y juzgarlas. En manos de Roboam quedó solamente el territorio de la tribu de Judá porque, por origen y consagración, la tribu sacerdotal de Leví no tenía tierra: su heredad es el Señor (Núm 18,20-24). De esta manera comienza un período nuevo en la historia del pueblo elegido que, dividido en dos reinos, Israel, al norte, y Judá, al sur,⁵³ deberá mantener la fidelidad a la alianza hecha con el Señor en el Sinaí. De su fidelidad a ésta, su única identidad, dependerá en el futuro la subsistencia de los dos.

52 Muchos profetas dieron sus mensajes, por mandato de Dios, mediante estas acciones simbólicas o acciones proféticas.

53 Cf. Mapa de la división del Reino





El reino de Israel se aparta inmediatamente de la verdadera fe

Sin embargo, por prejuicios de tipo político y por dar primacía a los cálculos humanos sobre la Palabra de Dios, Jeroboam tomó decisiones contrarias al designio de Dios. Olvidó que el trono y la autoridad que tenía sobre Israel (reino del Norte) eran honores inmerecidos y gratuitos que el Señor le había dado y temió perderlos por causa de la devoción y fidelidad que el pueblo manifestaba al Templo de Jerusalén y al culto que allí se realizaba. Contra lo que decía su fe, encontró en el signo del Templo un peligro a su soberanía y consideró erradamente que la religión al Dios de Israel podía llegar a ser, más que el cumplimiento amoroso de la alianza gratuita con Él, una herramienta política. Por este motivo ordenó la construcción de dos santuarios: uno en Dan y otro en Betel, y los dotó de sendos becerros de oro fundido, que pretendían representar el escabel sobre el que depositaba sus pies el Dios de Israel. No tuvo en cuenta las advertencias que se le hicieron un par de misteriosos profetas anónimos (1Re 13,1134) y de esta manera renovó "solemnemente", quizás sin ser plenamente consciente, el abominable pecado que los padres habían cometido a los pies del monte Sinaí. Quiso manipular a Dios, quiso representarlo a su medida y, de esta manera, echó a un lado el verdadero culto, la fidelidad a la alianza con el Dios verdadero, y hacerse para sí mismo y para su pueblo una caricatura cultural a su propia imagen y semejanza.

Si bien estos santuarios pretendían estar dedicados al Dios de Israel, fueron ocasión de escándalo⁵⁴ para muchos en el pueblo y, al mismo tiempo, la puerta de entrada para que el culto idolátrico contaminara de nuevo la religión de Israel. La enfermedad de la idolatría fue el mayor de sus males, gravísimo atentado contra su propia vida y la causa de su fracaso político total pocos años después. El rey no quiso obedecer la ley de sus padres ni escuchar la voz de los profetas. Con su desobediencia, el rey puso al pueblo en camino de autodestrucción. Y sus sucesores tuvieron que ser testigos de las consecuencias de este gran pecado, nefastas no solo en materia religiosa, sino también en lo político y en lo social.

Aunque Dios siempre cuida y cuidará a su pueblo, la tragedia de la libertad humana mal empleada puede traer consecuencias muy dolorosas para muchos inocentes. La renuencia a escuchar la Palabra de Dios y a vivir de acuerdo con sus indicaciones es el más grave de los desórdenes que el ser humano puede cometer. Cuando uno no oye a Dios y sistemáticamente omite el cumplimiento de su ley, introduce el desorden en su propia vida y en la de los demás, llegando a caer incluso en torpezas tan ridículas como idolatrías, acciones inmorales contra la naturaleza y toda clase de injusticias e impurezas.⁵⁵ Hay que advertir, además, que los más pequeños del pueblo, encomendados a su rey o a sus gobernantes (que deberían actuar como pastores de un rebaño que no es propio sino de Dios), pueden llegar a corromperse por las malas acciones de sus jefes: en esto consiste el "escándalo". Y los malos ejemplos cunden. Y un pueblo apartado de Dios es un pueblo sin sabiduría, sin fuerza interior y, en consecuencia, debilitado en todo sentido

54 La palabra "escándalo", frecuentemente en la Biblia y en nuestra tradición cristiana, significa literalmente: hacer tropezar a alguien, hacerlo caer; normalmente se emplea en sentido moral: hacer caer en pecado.

55 Como bien lo ilustra san Pablo en Rom 1, 20-32





Los Profetas: un llamado a la conversión

Durante toda la historia del reino de Israel surgieron importantes figuras que hablaron en nombre de Dios y por mandato suyo; y que denunciaron, también en el nombre del Señor, las situaciones de injusticia que se vivían y los rebrotos de idolatría que arrancaban del corazón del pueblo su más grande tesoro: la fe en el Señor su Dios. Estas figuras fueron los Profetas. Ya hemos oído algo acerca del ministerio profético de **Samuel**, en tiempos de Saúl y al principio del reinado de David, hacia el año 1020 a.C., y de **Natán**, en tiempos de David y Salomón, alrededor del año 1000 a.C. En tiempos de David se menciona brevemente a otro profeta llamado **Gad** (2Sam 24,11 ss.; 1Cro 21,9 ss.). En este encuentro nos hemos topado además los nombres de **Ajías**, quien anunció a Jeroboam lo que iba a suceder con el reino y quien luego tuvo que denunciarle amargamente las consecuencias de su pecado; y de **Shemaías**, a quien correspondió algo semejante con Roboam, en el reino de Judá.

El ministerio profético es descrito en la Biblia como la respuesta que Dios da a su pueblo en los momentos de mayor crisis y dificultad, para que no falte la Palabra de Dios y para que sea conocida su voluntad (Dt 18,922). A pesar de las infidelidades de su pueblo, Dios quiso manifestarse por medio de los profetas como Aquél que seguía siendo fiel, que continuaba hablando y no cesaba de invitar a la conversión. Si en tiempo de los Jueces, en cada uno de ellos la dignidad espiritual y la acción política eran una sola cosa, en tiempos en los que se consolida el poder político como función independiente, la profecía y los profetas son dados como función que equilibra y corrige.

Los profetas bíblicos se caracterizan porque son personas de distintos lugares, clases, niveles culturales y profesiones, pero con un llamado especial de parte de Dios. Unos son escritores y otros no. Al principio, hubo algunos profetas de corte, pero pronto fueron confrontados y sustituidos por profetas más claramente llamados por Dios, considerados profetas populares, con parecido más bien a monjes carismáticos que a cortesanos. Su rasgo más característico es la **obediencia personal al Señor**, que los ha llamado. Son hombres de escucha. Fueron sacados por el mismo Dios de la comodidad y de la cotidianidad y puestos como ministros y portavoces de su Palabra y de su Voluntad. El profeta era ante todo un llamado, un hombre escogido para trasmitir, **por medio de palabras y de signos**, la Palabra del Señor.

De esta manera, podemos asegurar que el profeta, seducido y conquistado por la Palabra divina, es un hombre de Dios, con un ministerio particular, que:

- I. Denuncia las infidelidades del Pueblo. El hombre de Dios señala los delitos y exige conversión frente a las injusticias que se cometen, pone en evidencia los desvíos de la fe verdadera y les muestra a todos la fealdad de su pecado.
- II. Anuncia la Palabra de Dios. El profeta escucha y transmite obediente lo que Dios quiere manifestar a los suyos, es portavoz de la esperanza de salvación para el pueblo en general y, en particular, para los hombres y mujeres que viven bajo la opresión del pecado y las consecuencias de la injusticia de otros.
- III. **Invita** a la conversión. Quien ha sido llamado a tal intimidad con Dios llama a sus hermanos para que regresen a Dios y a un cambio consecuente de conducta y de mentalidad.

Descripción de su misión, la definición más simple de "profeta" es: uno que habla en nombre de Dios.





El Dios de Israel es el Único Dios

Ya sabemos que la causa más profunda y verdadera del fracaso del reino del Norte es la caída en la idolatría y en el culto vacío y mentiroso de dioses inexistentes, con lo que muchos se alejaron de Dios voluntaria y peligrosamente.

Esta problemática, ya grave en sí misma, hizo una primera gran crisis en tiempos del rey Ajab (entre los años 874 y 853 a.C.), quien "hizo el mal a los ojos del SEÑOR más que todos sus antecesores." De él se dice que "no le bastó seguir los pecados de Jeroboam, hijo de Nebat, sino que además tomó por mujer a Jezabel, hija de Ittobaal, rey de los sidonios, y se puso a servir a Baal postrándose ante él. Le elevó un altar en el santuario a Baal que edificó en Samaria y construyó Ajab la estela..." (1Re 16,3133). De tal manera que no solo quedaron los becerros dorados de Dan y Betel, sino que ahora había un santuario 'en honor' de Baal, un dios extranjero, en Samaria: la apostasía completa. Y había llegado la malvada Jezabel, cuya influencia política ha quedado ampliamente atestiguada por los mismos relatos, que empleó su poder de manera siniestra para implantar por la fuerza y sin escrúpulos el culto de ese ídolo despreciable.

En este contexto surge el gran profeta Elías, quien no fue profeta de corte ni un profeta escritor. Los libros de los Reyes nos conservaron un relato impresionante acerca de sus palabras, su fuego interior, su celo por el culto del Dios único y verdadero, su claridad mental, su valentía desbordante, su humanidad evidente, la austereidad de su vida, su enseñanza teológica y las señales y prodigios que Dios obró por su medio.⁵⁶

El relato sobre el inicio del ministerio de Elías en el Primer Libro de los Reyes comienza de manera abrupta, en correspondencia, seguramente, con la urgencia del apremiante momento. Lleno de valentía e independencia salió a enfrentarse con el rey Ajab por su infame decisión, que llevaría al pueblo al abandono de Dios y a la infidelidad a la Alianza. Y debe llevar a cabo un signo inequívoco del poder de la Palabra del SEÑOR Dios de Israel que repreuba estas conductas y la apostasía del pueblo: "Elías... dijo a Ajab: Vive el Señor, Dios de Israel, ante quien sirvo, que no habrá en estos años rocío ni lluvia si no es por la palabra de mi boca" (1Re 17,1). Pronunciada esta Palabra, Dios ejecuta la acción. Sin embargo, inmediatamente se desatan también otros prodigios: de esta sequía y del hambre resultante fueron milagrosamente preservados una pobre viuda que acogió y alimentó a Elías, y su hijo (1Re 17,716). Elías demostró ante ellos que Dios siempre se pone del lado de los buenos que no tienen cómo defenderse y que actúa en su favor con los portentos más grandiosos, incluso devolviendo la vida a los muertos: Dios, en efecto, acreditó aún más a Elías ante esa pobre mujer con ocasión de la enfermedad y la muerte de su niño. Se cuenta que Elías oró por él y "el SEÑOR escuchó el grito de Elías y el alma del niño volvió a su cuerpo; y el niño volvió a la vida" (1Re 17,22).

Elías tuvo que desempeñar su misión fuertemente probado entre dos fuegos: el ardiente fuego de su amor por el SEÑOR y el fuego insaciable del odio de Jezabel, enardecidá porque él había desenmascarado a los profetas de Baal con otro milagro realizado en presencia de todo el pueblo (1Re 18,2040). En el colmo de la persecución llega a sentir miedo por su vida, experimenta los límites humanos y siente que las fuerzas lo abandonan (1Re 19,34). Pero se refugia en el SEÑOR y encuentra en Él su fuerza y el motivo para seguir. Dios mismo le indica que el camino que le queda es largo y lo alimenta para que pueda continuar (1 Re 19,58).





En esta misma huida, que resulta un momento de gracia particular, camina hasta el Monte de Dios, el mismo de Moisés y de la Alianza, el Horeb. El suyo termina siendo el viaje interior de todo creyente que retorna a lo fundamental, a la pureza de los orígenes, para encontrar la voluntad del Señor. Y en el monte tiene una experiencia de Dios quien se revela como Aquél que se deja encontrar de quien lo busca en lo sencillo, en el silencio (1Re 19,12) de la oración y en la austereidad. En una cueva del monte, antes y después de permitirle experimentar su presencia, Dios le pregunta dos veces: "¿Qué haces aquí, Elías"; y él le responde dos veces, como corroborando su dedicación a la misión con una firme confesión: "Ardo en celo por el SEÑOR, Dios del universo, porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, derribado tus altares y pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para arrebatarla" (1Re 19,10.14). Entonces Dios lo consuela y lo anima, lo vuelve a poner en camino, le da orden de ungir reyes y profetas (1Re 19,16; Sir 48,8) y, como a uno de sus íntimos, llega incluso a revelarle sus planes (Am 3,7). Con él prácticamente se inaugura este modo de ser auténticamente profético que depende de una vida y una misión vividas en y desde la intimidad con el Señor de la Alianza. Su ejemplo y sus enseñanzas lo hicieron paradigma del profetismo de Israel y su figura llegó a ser tan emblemática que una de las profecías sobre la llegada del Mesías incluso advierte que ésta estará precedida por el retorno de Elías.⁵⁷

El final del camino de Elías: su enseñanza y su sucesor

La convicción más profunda de Elías, su enseñanza o lo que podríamos llamar su "doctrina", consiste en:

- I. **El Señor Dios es absolutamente Uno y Único.** No hay otros dioses. Se puede y se debe dar la vida por esta verdad porque no hay otro Dios ni puede haberlo. Lo que se intenta venerar en los ídolos de los paganos no es más que vacío y sinsentido. El SEÑOR se pone celoso por su pueblo, que le pertenece, y se ofende con la injusticia de la idolatría. En los ídolos no hay nada. Los baales no son nada. Dios, EL SEÑOR, es el único dueño de toda la tierra y de todos los pueblos. Sólo Él es todopoderoso y eterno. Sólo Él puede conducir la historia. Él es cercano y, como lo hizo con Elías, se revela en el silencio de la oración de quien busca continuamente su rostro.
- II. **La Palabra de Dios es eficaz y constituye el sentido de la misión del profeta.** Esta Palabra gobierna el universo y en Ella están la bendición eficaz, la vida y la abundancia; sin Dios, en cambio, solo hay maldición, muerte y escasez. El profeta habla con la autoridad de la Palabra de Dios. Por su Palabra se cierran los cielos y llega la sequía; y por Ella misma se abren y se desata la lluvia. El profeta es un portavoz de Dios. Dios renueva continuamente en su vocación a quien ha llamado a su servicio, para fortalecerlo hasta el final de su misión.
- III. **Dios es la fortaleza de los que sufren, anima a los que desfallecen y defiende a los pobres.** Dios alimenta a los suyos como Padre providente y bueno. Educa a sus fieles y salva a quien acude a Él, especialmente a las viudas y los huérfanos, como el caso de la viuda de Sarepta (1Re 17,14-16). Él reclama los derechos del pobre, como cuando el despojo y crimen de Nabot (1Re 21), y lo protege de los poderosos e injustos.



Su enseñanza se puede resumir en el cumplimiento fiel y apasionado del primer mandamiento, que se expresa mediante la radicalidad de una vida absolutamente dedicada a Dios, a su amor, a su servicio y alabanza, con consecuencias históricas ineluctables: la fe se defiende hasta con la propia vida y la vida se gasta en el servicio a los hermanos, especialmente a los más pobres y vulnerables. El legado de Elías es tan grande que la tradición, partiendo de la misma Biblia, no vacila en llamarlo "profeta de fuego": "Entonces surgió el profeta Elías como un fuego, su palabra quemaba como antorcha..." Para luego dirigirse a él: Tú "...fuiste arrebatado en un torbellino ardiente, en un carro de caballos de fuego; tú fuiste designado para reprochar los tiempos futuros, para aplacar la ira antes de que estallara, para reconciliar a los padres con los hijos y restablecer las tribus de Jacob" (Sir 48,1.910).

Al gran profeta Elías lo sucedió el profeta Eliseo, alrededor del 850 a.C. Su vocación depende de Elías quien, después de la experiencia del Monte de Dios, lo encuentra y le echa el manto encima (1Re 19,1921). Eliseo queda entonces al servicio de Elías durante algún tiempo y tiene el privilegio de acompañarlo hasta el final, en una serie de episodios que quedan rodeados de misticismo y gloria. Personificó el espíritu profético de Elías. Organizó a los profetas populares. Con autoridad divina destronó reyes indignos y eligió individuos queridos por Dios y por el pueblo de Dios. Polemizó contra los profetas de la corte e hizo que se tomaran acciones contra ellos. Murió hacia el 795 a.C.

De esta etapa de la historia de Israel podemos aprender muchas cosas. Como lo hemos hecho en todos los encuentros precedentes, vemos en estas lecciones lo que la Biblia nos enseña acerca de Dios, de la persona humana, de las exigencias morales de la fe, del llamado social inequívoco que tiene la obediencia al Señor y, por supuesto, también las enseñanzas sobre el mundo y sobre la historia. Es evidente que el Señor quiere que nos confrontemos y que expulsamos de nuestros corazones cualquier idolatría. Pero seríamos demasiado superficiales identificando imágenes sagradas con ídolos. Los ídolos antiguos son estatuas de cosas, animales o seres humanos que, en su materialidad, reciben culto de adoración. ¡Ningún católico ha adorado nunca una imagen de yeso! Toda persona normal sabe que se trata de representaciones como las fotografías o las esculturas legítimas de próceres o seres queridos.

En cambio, por ponerse a pelear contra supuestos ídolos, muchos exaltados de esta época de la historia han olvidado la enseñanza bíblica sobre los pobres y sobre la historia, sobre la unicidad absoluta de la fe en Dios y sobre la unidad del género humano. Los verdaderos ídolos de estos tiempos son, además del propio yo con sus apetitos desenfrenados y su necesidad patológica de ponerse al centro del mundo y de las demás personas, el poder, el placer y el dinero. En combinación, estos tres ídolos modernos, han producido ideologías contrarias a la familia, a la vida, a la fe... y ¡esas se han vuelto ídolos crueles!

Dios es Uno y Único. No hay otro. Solo a Él rendimos adoración y a Él dedicamos nuestro más ferviente servicio. Dios merece ser predicado y su amor propuesto a todas las naciones como lo único que da sentido a la vida. Los creyentes, como en tiempos de Elías, debemos abrir el oído a la Palabra de Dios y rechazar de manera civilizada, pero absolutamente radical todo lo que niegue, debilite o se burle de la Verdad que Dios mismo, y no otro, ha revelado. Dios, el Señor, mantendrá intacta su fidelidad a la Alianza y nos asistirá en nuestra historia.





SEGUNDA PARTE: RESPUESTA

1. *La Palabra resuena - Trabajo personal.*

El trabajo propio de este espacio, el más importante de nuestro encuentro, tiene hoy por objeto repasar con los ojos y los oídos del alma el encuentro de Elías con Dios en el Monte Sinaí. Para hacerlo con provecho es necesario leer personalmente el texto de 1 Reyes 19,1815. Primer paso: hacer una primera lectura lenta, pero de corrido. Y dedicar un momento a pensar en lo que ocurrió allí. Segundo paso: imaginar el largo camino hacia la montaña, la montaña, la cueva y las circunstancias que vamos a encontrar; y mirando y oyendo con los ojos y los oídos del alma, repasar frase por frase, lentamente, sintiendo, captando los detalles (¿qué más se ve además de lo que está escrito, ¿qué más se oye, como por ejemplo el rugido del terremoto o el fragor del incendio o el murmullo de la brisa?) y al repasar estos detalles sacar algún provecho como, por ejemplo, hablar con el Señor sobre cada cosa, entender el porqué de cada experiencia y, sobre todo, captar cómo se puede aplicar lo que ahora entiendo a mi vida y a la vida de la Iglesia. Y cuando calculemos que faltan unos cinco minutos, la tercera parte de nuestro trabajo personal: viendo cuál es la gracia que más nos parece que necesitamos, pedirla explícita y humildemente: primero a la Santísima Virgen para que nos la conceda y nos haga el favor de interceder por nosotros ante su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y decirle un Dios te Salve, María; después a Cristo Jesús, nuestro Señor, con mucha fe, sabiendo que Él nos lo puede y quiere conceder, intensamente. Y finalmente al Padre celestial, la misma petición, con corazón de hijos que confían en su Padre, y terminar silenciosamente con un Padre Nuestro.

2. *La Palabra se comparte - Dialoguemos*

El anuncio que hemos escuchado nos habla de la historia de la división del reino, de los pecados del reino del Norte y del ministerio providencial de los profetas, que son la muestra de que Dios no abandona a su Pueblo. Dialoguemos:

- ¿Cuáles fueron las causas políticas de la división del Reino? ¿Cuáles fueron sus consecuencias religiosas? ¿Qué opinión merecen las decisiones de Jeroboam?
- ¿Qué es un profeta?, ¿cuál es su misión?, ¿por qué son importantes los profetas?
- En la vida y en las enseñanzas de Elías, ¿qué hemos aprendido acerca de Dios y de su relación con nosotros?
- ¿Cuál es la relación entre Dios y los oprimidos? En nuestra sociedad, ¿Qué actualidad tienen las denuncias proféticas de la Biblia? ¿Cómo se aplican a nuestra situación social?





3. *La Palabra en la Iglesia - Confesión de Fe*

- Dios es Uno, absolutamente Uno y Único. Por eso le dedicamos a Él toda nuestra vida y nuestra vida se unifica en Él y por Él.
- La primera "palabra" del Decálogo nos exige entregar a Dios nuestro corazón indiviso. El amor a Dios sobre todas las cosas, o bien, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, es la única respuesta válida a la revelación de Dios.
- Los ídolos antiguos no eran imágenes, aunque se representaran con imágenes. Eran cosa mucho peor. Eran seres creados como el sol, la tierra, algunos animales medio misteriosos, o algunos gobernantes pretenciosos que así querían dominar a sus súbditos... Algunas religiones "naturales" exigían que se les dedicara culto, tiempo y recursos. En Israel NUNCA ocurrió así.
- El pueblo cayó en la idolatría cuando abandonó la Palabra de Dios y quiso mezclar religión y política. En la Biblia se ve claramente que algunos gobernantes, en vez de amar y servir fielmente al Señor, quisieron manipular la religión en favor de sus proyectos. Y se separaron de Dios y arrastraron a muchos, a veces a todos sus súbditos, por caminos malditos.
- Todo lo que reclame primacía sobre Dios merece ser llamado "ídolo": las ideologías políticas o económicas, los placeres, el poder, el dinero, el propio yo... ¡todo lo que haga que uno se desvíe de Dios y se ponga al servicio de otros con la devoción que corresponde solo al primer mandamiento!
- Cuando un gobernante actual, como los reyes malvados que hemos conocido en este encuentro, manipula la religión y olvida los criterios de Dios sobre el mundo, sobre el ser humano y sobre la historia, puede incurrir en nefasta idolatría y, lo que es peor, llevar a muchos seguidores por los mismos caminos. Desde cuando Dios decidió revelarse, fue suprimida toda humana posibilidad de que alguien se haga una religión a su gusto y capricho. La fe verdadera es obediencia verdadera al único Dios vivo y verdadero.
- No hay nada superior a la revelación bíblica: ni las modas, ni el qué dirán, ni las opiniones en boga, ni los supuestos derechos de minorías o de mayorías, ni las modas, ¡ni nada! Cuando hay aparente contradicción, el equivocado no es Dios sino el humano que reflexiona sin atar todos los cabos.
- A quienes Dios ha puesto en lugares de preeminencia política o social, sin que esto lesione siquiera remotamente su deber de ejercer su misión para todos y por todos, les incumbe un deber mucho más grave de testimonio y de fidelidad a la Alianza de Dios con la humanidad.
- La misión de los profetas, ayer y hoy, es anunciar estos misterios y denunciar los abusos que se cometan, orientando a todos al cumplimiento fiel de la Voluntad de Dios, tal y como Él la ha revelado.
- Todos podríamos caer en distintas idolatrías si no damos a Dios todo nuestro ser y nuestro corazón. Frente a Dios no hay "medias tintas".





Lo confirma la Iglesia...

Papa Francisco: HOMILÍAS EN LA CASA SANTA MARTA (16 de diciembre de 2013).

El profeta es aquel que escucha las palabras de Dios, sabe ver el momento y proyectarse hacia el futuro. Tiene dentro de sí estos tres momentos: el pasado, el presente y el futuro. El pasado: el profeta es consciente de la promesa y tiene en su corazón la promesa de Dios, la tiene viva, la recuerda, la repite. Luego mira el presente, mira a su pueblo y siente la fuerza del Espíritu para decirle una palabra que lo ayude a alzarse, a continuar el camino hacia el futuro.

El profeta es un hombre de tres tiempos: promesa del pasado; contemplación del presente; coraje para indicar el camino hacia el futuro. Y el Señor siempre ha custodiado a su pueblo, con los profetas, en los momentos difíciles, en los momentos en los cuales el Pueblo estaba desalentado o destruido, cuando no había Templo, cuando Jerusalén estaba bajo el poder de los enemigos, cuando el pueblo se preguntaba dentro de sí: '¡Pero Señor Tú nos has prometido esto! Y ahora ¿qué pasa?'

Que nuestra oración en estos días [...] sea: '¡Señor, que en tu pueblo no falten los profetas!'. Todos nosotros bautizados somos profetas. '¡Señor, que no olvidemos tu promesa! ¡Que no nos cansemos de ir adelante! ¡Que no nos cerremos en las legalidades que cierran las puertas! Señor, libra a tu pueblo del espíritu del clericalismo y ayúdalos con el espíritu de profecía'.

4. Comunión y Misión-compromisos

Todo lo que hemos vivido en este encuentro debe ser hecho vida de nuestra vida y debe iluminar nuestra existencia cotidiana. Ésta es la dinámica esencial de la catequesis cristiana.

PRIMERO: Durante los días que siguen observaremos cuidadosamente la realidad social y política en la que estamos inmersos y trataremos de determinar en qué puntos sigue la voluntad de Dios y en cuáles está cayéndose en la idolatría.

SEGUNDO: ¿Qué podríamos hacer para que no falte el espíritu profético en nuestro medio?

Oración Final

Uno de los miembros del grupo, en nombre de todos y empleando conscientemente el pronombre "nosotros", dirige al Padre una oración espontánea pidiendo perdón por nuestras idolatrías y por las idolatrías del mundo en que vivimos, y pidiendo la gracia que necesitamos para ser totalmente fieles al amor y a la voluntad de Dios. Y terminamos diciendo: ¡Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo! Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

